



Mira para que veas

¿Cómo ves a Dios?

No "vemos" a Dios con nuestros ojos físicos y, ocasionalmente, eso es un desafío para la mayoría de nosotros. Es lo que lleva a algunos a ignorar la fe como nada más que ilusiones. Sin embargo, tenemos signos de la presencia de Dios. Mientras más sintonizados estemos con él, más podremos ver a Dios, y podremos asegurarnos de su presencia en momentos de dificultad y poder dar testimonio del amor de Dios cuando la familia y los amigos tengan desafíos en sus vidas. *Necesitamos mirar para poder ver.*

En la Eucaristía

Cristo está presente de una manera especial y particular en la Eucaristía. El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Experimentamos y conocemos la presencia de Cristo a través de las palabras de las Sagradas Escrituras y también de la homilía, y en el sacerdote que está representado ante nosotros como Cristo. Lo que a veces extrañamos es que también experimentamos la presencia de Cristo con y en las personas. Todos nosotros, como miembros del cuerpo de Cristo, compartimos la presencia de Dios el uno con el otro. Pero, ¿qué pasa si perdemos de vista este gran misterio o tenemos momentos en los que simplemente no podemos ver a Dios en la Misa? ¿En dónde buscamos?

En la comunidad

Vemos a Dios el uno en el otro mientras servimos juntos, uno al lado del otro, y en nuestras relaciones mutuas a medida que construimos lazos fuertes como comunidad de fe.

A través del amor

Dios es amor. Podemos decir eso tan a menudo que nos volvemos ciegos a su significado. Piénsalo de esta manera: cuando experimentamos el amor en una

relación cercana o un momento inesperado de amor entre un grupo de amigos, estamos viendo a Dios. También vemos a Dios en los pobres y débiles, y especialmente a través de experiencias de compasión y cuidado de ellos.

En la creación y en todo lo bello

¿Quién de nosotros no se ha sentido impresionado por la belleza de la creación? Miramos las estrellas en una noche clara, hacemos una pausa para captar el sonido de una suave lluvia o un jardín rebosante de color, y vemos la magnificencia de Dios. En su mejor momento, vemos la gloria de Dios en la belleza de la música, el arte y también el drama.

En tiempos de paz y de inestabilidad

Vemos a Dios en momentos de profunda paz y consuelo que de otro modo no podrían explicarse, y cuando nuestra conciencia nos induce a inquietarnos, cuando somos tentados a alejarnos de Dios y de los caminos de Dios.

Más allá de las cosas

A veces, confiamos en la vista física y el tacto para decirnos qué es real. Para ver a Dios, debemos abrir nuestras mentes y corazones al misterio del amor de Dios y mirar más allá de las cosas que desvirtúan la fe y la vida fiel.

A través de los ojos de la fe

En definitiva, vemos a Dios a través de los ojos de la fe. *Buscamos* la bendición, incluso en medio de la prueba; en lo bueno y lo bello, incluso en los días más ocupados; por amor, en tiempos de alegría, dolor, sufrimiento, y placer; en Cristo con y entre nosotros cada vez que nos reunamos a la mesa del Señor. Cuando nuestra visión de Dios se debilita, pedimos a otros que nos ayuden a verlo claramente de nuevo. Y cuando titubean, les ayudamos a enfocarse y ver la belleza y el amor de Dios en medio de ellos.

Impacta este mes

Ora con el Salmo 139 este mes, y toma en serio su profundo significado.

Oh SEÑOR, Tú me has escudriñado y conocido. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme; desde lejos comprendes mis pensamientos. Tú escudriñas mi senda y mi descanso, y conoces bien todos mis caminos.

Te daré gracias, porque asombrosa y maravillosamente he sido hecho;

maravillosas son Tus obras, y mi alma lo sabe muy bien.

No estaba oculto de Ti mi cuerpo, cuando en secreto fui formado, y entretejido en las profundidades de la tierra.

(Salmo 139: 1-3, 14-15)

“¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados en el círculo, dijo: ‘Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque quien hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre’”.

(Mar 3: 33-35)

Sólo enfocarse en Dios, en Cristo Jesús - por Leisa Anslinger

No estoy feliz de admitir esto, pero a menudo me encuentro cantando el gran Amén al final de la oración eucarística, y me doy cuenta de que mi mente andaba vagando. A lo largo de toda la consagración. En este momento clave en la celebración de la Eucaristía, a través del cual se consagran el pan y el vino, y nosotros mismos, mi cabeza estaba en algún lugar lejano. En ocasiones, comenzaba a orar, y luego mi mente se enfocaba en las cosas por las que estaba orando, en las personas por las que he prometido orar, en las situaciones de mi vida que más necesitan del amor de Dios. A veces, el vagabundeo fue un resultado y un signo de estrés o fatiga.

Solía fustigarme en momentos como este, deseando poder enfocarme más en la oración. Y seguramente, hay un llamado a hacer lo que podamos para estar atentos en la Misa y en todos nuestros momentos de oración: estamos llamados a ser disciplinados en el discipulado. Sin embargo, Dios conoce nuestros corazones y nuestras mentes, y entiende que nuestra misma presencia en la Misa es un signo de nuestro compromiso con Cristo. En esos mismos momentos en los que nuestra mente vaga, Dios nos está llamando, hacia él, hacia la santidad.

A decir verdad, no son sólo nuestras mentes las que vagan. A veces deambulamos por la vida, vivimos menos con un sentido de propósito y simplemente vamos sobrellevando todo. Como es el caso cuando nos desviamos durante la Misa, Dios está con nosotros y nos llama, para andar por fe en palabra y en acción. El pasaje del evangelio que escuchamos el 10 de junio habla del llamado a enfocarse en el camino de Jesús y a hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas. Al hacerlo, nos conoceremos a nosotros mismos como la familia de Jesús.